MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA



MAGAZINE MULTICOLOR DE LOS SABADOS

Suplemento Núm. 1. SABADO, AGOSTO 8 DE 1931 Edición de 8 páginas

MILAGROS JESUITAS

CREADA por Ignacio de Loyola en el siglo XVI, la orden religiosa de los jesuítas adquiere en seguida un fuerte poder de expansión. Pronto los misioneros de la orden recorren el mundo en procura de adeptos para la religión de Cristo. El Japón y la China es uno de los lugares remotos de Europa a donde primero se dirigen, a favor de la gran corriente a las Indias que los recientes descubrimientos [illegible] han establecido.

El que inicia las misiones jesuítas en Japón y China es Francisco Javier, luego convertido por la Iglesia Católica en San Francisco Javier, precisamente a causa de sus trabajos por la religión en el lejano Oriente. Francisco Javier, jesuíta español, lucha fantásticamente, con inconcebible poder de resistencia y de sugestion, por imponer las doctrinas de Cristo entre gentes adeptas a otras religiones y que jamás habían oído hablar siquiera de Jesús.

Tras él llegan a la China otros padres jesuítas españoles, italianos, franceses, alemanes. La orden es ya poderosa en Europa, donde está librando su gigantesca batalla con el jansenismo. El poder europeo de la orden se transmite a sus delegados en el extranjero.

Tiene la moral jesuíta la fama de ser una moral utilitaria, cuya expresión se condensa en la frase: "El fin justifica los medios". Si tal fama es o no justa, no nos hemos propuesto dilucidarlo aquí. Lo cierto, sin embargo, es que los jesuítas han tenido siempre presente la eficacia de su actuación y que para lograr esa eficacia, aunque no pueda decirse sin tomar partido en el asunto que hayan recurrido a cualquier medio, han apelado a recursos de la más variada índole. Justamente, sus misiones catequistas en China nos los presentan por entero bajo esa faz. Allí tuvieron que "ocultarse bajo mil disfraces", que actuar en mil medios, que ejecutar mil tareas, para difundir su credo.

Una animada visión de esos mil trabajos suyos entre los chinos nos la da el relato de René Fülop-Miller, que el lector encontrará en las páginas 4 y 5 de este mismo suplemento.

Trotzky relata la agonía de la familia Imperial rusa....

Los últimos tiempos de la familia imperial rusa transcurrieron bajo el signo nefasto del repugnante monje Rasputín

NO pienso seguir la moda la moda actual que substituye el análisis sociológico e histórico con la investigación psicológica. Estudiaré las grandes fuerzas de la historia cuyo desarrollo determina su curso. La monarquía es una de estas fuerzas superpersonales. Todas ellas, sin embargo, actúan sobre y a través del pueblo. Y la monarquía, por su parte es, quizás, aquélla que más está vinculada a una persona determinada. Esto es lo que justifica el interés en la persona de aquel monarca a quien el inevitable proceso del desarrollo social llevó frente a frente con la revolución. Creemos que nuestro estudio demostrará dónde termina lo realmente personal y cómo frecuentemente los rasgos, en apariencia personales, no son más que las consecuencias de una ley superior en el desenvolvimiento lógico de las naciones.

El zar heredó de sus antepasados no sólo un gran imperio, sino también la revolución. No lo dotaron con ninguna calidad que le hubiera servido para dirigir los destinos de un imperio, ni siquiera de una pequeña provincia. Obligado por el destino a vivir en una época histórica que golpeó en forma amenazante a las puertas de su palacio, el último de los Romanoff no mostró jamás otra actitud que la de una indiferencia ilimitada.

El testimonio de un diario

Personas allegadas al zar, mencionaron en sus recuerdos más de una vez que éste, en los momentos más trágicos de su reino, después de la caída de Port Arthur y de la destrucción de la flota rusa en Tsushima y, diez años después, cuando la terrible retirada de las tropas rusas de la Galicia austriaca, y más tarde aún, en los días que precedieron a su abdicación, cuando todos los que se interesaron por la suerte del monarca estaban agitadísimos, abatidos, desesperados; que en todas éstas y tantas otras ocasiones, el zar jamás perdió su calma. Como antes, sólo aparentaba interesarle el número de las leguas atravesadas por él; recordaba anécdotas que le habían contado sus amigos, episodios de sus cacerías y se ocupaba de los pequeños hechos de la vida diaria, como si ningún hecho particular y menos aún trascendental, llegara a interesarle y menos aún a preocuparle.

"¿Cómo explicarse esta extraña actitud?", se pregunta uno de los generales más íntimos del zar. "¿Es el resultado de un tremendo, aunque improbable control propio, logrado con esfuerzos superhumanos, o lo es una fe ciega en la fatalidad, o sencillamente una falta de conciencia?". La contestación paréceme ya estar encerrada en la formulación de las preguntas. La habilidad del zar de ser dueño de sí mismo, aun bajo las condiciones más extraordinarias, está lejos de ser consecuencia de una autodisciplina férrea; la causa principal reside, realmente, en la indiferencia íntima, en la pobreza de sus fuerzas intelectuales, en la extrema debilidad de sus impulsos. La máscara de la indiferencia que en ciertos círculos es apreciada como una demostración de una disciplina excepcional, es algo muy natural en Nicolás II.

Unos ejemplos decisivos

He aquí el diario del zar que resulta un testimonio más valioso que todas las declaraciones de sus allegados; día por día, durante años, leemos en su diario las expresiones de su pensamiento más íntimo: "Hice largos paseos y maté dos cornejas".

Pasear y cazar. No hay otras preocupaciones, si seguimos páginas y páginas de su diario. A veces se refiere a ceremonias religiosas, mencionándolas con la misma frialdad como si se tratara de pasear o de beber.

En los días que preceden a la apertura de la Duma, cuando toda la Nación estaba conmovida, Nicolás escribe: "Abril 14. Hice un paseo vistiendo sólo una camisa delgada, en una canoa. Tomé el té en el balcón. Stana comió con nosotros acompañándonos en el paseo. Leí..." Ni una palabra sobre lo que haya leído: ¿una novela sentimental o un informe de la Jefatura de Policía? "Abril 15. Acepté la dimisión de Witte. María y Dimitri cenaron con nosotros y fuimos después juntos al Palacio".

Un zar apático

El día de la decisión de disolver la Duma, cuando no sólo los políticos, sino aun los altos oficiales y los círculos liberales de la alta burguesía se hallaron en un verdadero estado de excitación terrible, el zar escribe en su diario: "Julio 7. Viernes. Una mañana muy molesta. Llegamos al lunch de los oficiales con un atraso de media hora. Reina un calor sofocante. El temporal apenas nos alivió. Hice un paseo; después recibí a Goremkin. Firmé el decreto de la disolución de la Duma! Comí en la casa de Olga y Petya. Leí toda la tarde". El signo de admiración: he aquí a qué se reduce toda la emoción que le domina al firmar nada menos que el decreto de disolución del Parlamento de su país.

Estos ejemplos de una indiferencia absoluta podrían aumentarse infinitamente. Mientras los diputados de la Duma disuelta incitan al pueblo a rehusar el pago de impuestos y el cumplimiento de sus deberes militares, mientras en Sveaborg y en Kronstadt ocurren sublevaciones en el ejército y en la armada, mientras recrudecen los actos de terror y altos oficiales en número alarmante mueren a balazos en pleno día en las calles céntricas de la capital, el zar escribe en su diario: "Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. La Duma fué clausurada. Que cara pondrá el pueblo". Y después habla tranquilamente de paseos, del tiempo y de visitas...

En otra ocasión, refiriéndose a motines y numerosos atentados de bombas, se limita a exclamar "Lindas cosas". Ni siquiera llega a un cinismo consciente.

La lectura de un zar

Todo esto demuestra que el horizonte del zar no iba más lejos que el de cualquier oficialito de policía, con la diferencia de que este último poseía, sin duda, un mayor sentido para la realidad de la vida y era mucho menos supersticioso que el amo de un pueblo de cuatrocientos millones de almas. El único periódico que el zar leía durante años, fué un semanario editado, con dinero del Gobierno, por el Príncipe Meshchersky, una especie de periodista que concretaba en las columnas de su órgano la opinión de la burocracia más reaccionaria del país. El horizonte del zar no se amplió ni a través de dos guerras ni a través de dos revoluciones. Entre su conciencia y los hechos se interpuso siempre la cortina de la indiferencia más absoluta.

No sin razón se llamó siempre a Nicolás un fatalista. Sólo se debe agregar que su fatalismo fué todo lo contrario de una fe activa en su estrella. Era nada más que un modo de defensa pasiva contra el proceso del desarrollo histórico y actuaba de acuerdo con su arbitrariedad, mezquina en sus motivos, pero monstruo en sus consecuencias.

Mediocridad heredada

Muy a menudo se ha comparado a Nicolás con su antepasado Pablo, estrangulado con el consentimiento de su propio hijo, por una camarilla de la corte. Estos dos Romanoff se asemejan, en verdad, mucho en su falta de confianza en sí mismos; en la realización de su mediocridad todopoderosa; uno está tentado de decir: en la conciencia común de ser nada más que unos parias coronados. Sin embargo, Pablo poseía, por lo menos, fantasía, y aun los actos de su locura lo demuestran. Su descendiente fué, en cambio, un cero completo y no tiene a su favor ni una sola acción brillante o sobresaliente

Nicolás no era sólo inconstante, sino aun pérfido. Los eternos aduladores lo llamaron fascinador, porque poseía un trato suave, pero nosotros sabemos que su gentileza fué fingida e insincera; y es así que tomó proporciones excepcionales cuando se trataba de una decapitación política; el ministro que salió del despacho del zar encantado de su amabilidad excepcional, se hallaba a lo mejor, al volver a su hogar, con el comunicado oficial de su exoneración. Esta era una forma particular de venganza que el zar practicaba para compensar su propia mediocridad.

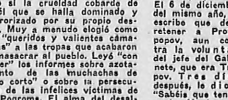
Odiaba todo lo que era grande, a todos los hombres de talento. Sólo se sintió bien en compañía de aquéllos que, como él, carecían de dones intelectuales. De ahí su intimidad con los milagreros e impostores de todo calibre. Era un egoísta feroz, pero no poseía un noble egoísmo activo, no ha tenido jamás una iniciativa, y aun su egoísmo fué simplemente de carácter defensivo. Eligió sus ministros entre aquellos elementos cuya sumisión incondicional no ofrecía duda alguna. Cuando, por extrema necesidad, se vió obligado a llamar a hombre de carácter y de talento, los perseguía con su más terrible hostilidad para librarse de ellos cuanto antes, apenas creyó poder carecer de ellos. Así ocurrió con Witte primero, después con Stolypin. Los cambios en los Ministerios ocurrieron con tanta regularidad que el presidente de la última Duma, Rodzianko, se atrevía a declarar al zar en su entrevista del 7 de enero de 1917, cuando la revolución ya golpeaba en las puertas del palacio: "Alrededor de Su Majestad ya no queda ni un solo hombre honesto y capaz; los mejores han sido despedidos o se han ido; quedan ahora sólo los de pésima reputación".

Trotzky es uno de los pocos hombres que conoce el secreto de la desaparición de la familia zarista

Todos los esfuerzos de despertar al zar de su indiferencia absoluta, de hacerlo comprender el curso de los sucesos, la realidad de las cosas, fracasaron lamentablemente. El Gran Duque Dimitri, en un tiempo favorito del zar y después, con el príncipe Yussupoff, asesino de Rasputin, afirmaba después de una visita al Cuartel General, que se "dopaba" sin duda, a Nicolás, lo que explicaría la disminución continua de su capacidad mental. También el historiador liberal Milyukov lo atribuía a un factor exterior: al alcohol. Se equivocaron ambos. Nicolás no precisaba de narcóticos de ninguna clase. Llevaba en la sangre el condimento mortal. Rasputin, que era mejor psicólogo de lo que muchos opinan, lo comprendió al decir: "Hay algo que le falta adentro".

Con quiénes simpatizó el zar

Este hombre simple, tranquilo y "bien disciplinado", era cruel. No poseía la crueldad activa de Ivan el Terrible o de Pedro el Grande que persiguieron grandes finalidades — ¿qué tenía en común con ellos Nicolás II? —, pero sí la crueldad cobarde de aquél que se halla dominado y aterrorizado por su propio destino. Muy a menudo elogió como sus "queridos y valientes camaradas" a las tropas que acabaron de masacrar al pueblo. Leyó "con placer" los informes sobre azotamiento de las muchachas de "pelo corto" o sobre la persecución de las infelices víctimas de los Pogroms. El alma del desalmado sobre el trono expresó muchas veces su simpatía por la escoria de la sociedad, los canallas de la Mano Negra. No sólo les pagaba con generosidad con dinero del Estado, sino le gustaba conversar con ellos sobre sus "hazañas" y les concedía el indulto inmediato, si, por razones de Estado, había sido necesario castigar excepcionalmente uno de sus nefastos crímenes, cuando por ejemplo, su víctima fué un diplomático latino, confundido con un judío.



El zar Nicolás no vivía en este mundo. Cuando el mundo se le echó encima no pudo evitarlo

Witte que era Jefe de Gabinete durante la primera revolución, escribe en sus memorias: "La información sobre las atrocidades cometidas por las autoridades para vengarse del movimiento revolucionario, deleitaban al zar, y cuanto más crueles habían sido las medidas tomadas, tanto mayor fué la recompensa que otorgó a los jefes y oficiales. "En observaciones marginales expresaba su íntima satisfacción. Este hombre "encantador", sin voluntad, sin finalidad, sin imaginación, fué más terrible que todos los tiranos de la historia antigua y moderna.

Lo que era la zarina

El zar estaba bajo la tremenda influencia de su mujer, una influencia que con los años y con las dificultades se acentuó cada vez más. Para comprenderla del todo, es necesario conocer antes quién era la zarina.

Maurice Paléologue, embajador de Francia durante la guerra y un experto psicólogo, según los académicos y damas de la aristocracia de Francia, ofrece este sentimental retrato de la zarina. La dominaba una inquietud espiritual, una melancolía crónica, una infinita tristeza, interrumpidas por abcesos de alegría y excitación; estaba llena de dolorosos pensamientos sobre el mundo extraño y era supersticiosa. ¿No forma todo esto el reflejo exacto del carácter del propio pueblo ruso? Por extraña que pueda parecer esta descripción azucarada, contiene no obstante algún gramo de verdad. No en vano llama el gran escritor satírico Saltykov a los ministros y generales rusos de origen báltico, los "alemanes con el alma rusa". Los extranjeros sin ningún vínculo con el pueblo ruso fueron, sin duda, los únicos capaces de representar la "verdadera cultura rusa en un gobernador, digno de Rusia". ¿Pero qué es, entonces, lo que tenía que reprochar el pueblo ruso a la zarina si ella, de acuerdo con Paléologue, encarnaba tan perfectamente el alma rusa? La contestación es sencilla: Para justificar su nueva posición, la alemana cultivaba todas las tradiciones e ideas medioevales de Rusia, y esto en una época en la cual el pueblo hizo los esfuerzos más sobrehumanos para librarse de todo este lastre medioeval. Esta princesa de Hesse fué literalmente poseída por el demonio del absolutismo. Viniendo de una dinastía ensoberbecida, hacia el reino del absolutismo bizantino, no pensaba, desde luego, descender. En la religión griego-ortodoxa halló ella el misticismo y la magia que admirablemente prestaban a su nuevo destino. Cuanto más repugnantes se tornasen las abominaciones del viejo régimen, tanto más se afirmó su fe en su destino. Con su carácter fuerte y capacidad de exaltación, la zarina dominaba fácilmente al zar, débil y sin voluntad alguna...

Rusia ama el látigo

El 17 de marzo de 1916, un año antes de la revolución, cuando la nación se debatía en la miseria y gritaba por un poco de libertad y justicia, la zarina escribió a su esposo, que a la sazón se encontraba en el cuartel general: "Nada de concesiones, de ministros responsables, etc. Esta guerra es su guerra y su paz, su honor y el honor de su país, y nunca jamás el de la Duma. El pueblo, la Duma; nadie, sino el zar, tienen que hablar una sola palabra sobre todo esto."

Esto era un programa definitivo, y el zar lo aceptó sin vacilar.

A la partida del zar al frente, la zarina se apoderó del gobierno. Los ministros la informaron todos los días sobre los negocios de Estado, como si ella fuera la que gobernaba al país, y ella presidió las reuniones del Gabinete. Con su pequeña camarilla intrigaba la zarina contra la Duma, contra algunos ministros, contra muchos generales y aun contra el propio zar. El 6 de diciembre del mismo año, le escribe que debe retener a Protopopov, aun contra la voluntad del jefe del Gabinete, que era Trepov. Tres días después, le dice: "Sabéis que tenéis razón. Mantened bien alta vuestra cabeza, ordenad a Trepov que cumpla vuestras instrucciones, debiendo golpear, al decir esto, con vuestro puño, enérgicamente, la mesa". Estas palabras, que parecen inventadas, son, sin embargo, textualmente citadas. Y en verdad, ¿quién se hubiera atrevido a inventarlas?



El 13 del mismo mes insiste ante el zar que no debe conceder ninguna de las demandas de la Duma, etc. "El pueblo, agrega, quiere ver tu mano firme. Rusia ama el látigo; es ésta su naturaleza". Esta alemana, de religión ortodoxa, educada en Windsor y coronada con la corona bizantina, no sólo encarna el alma rusa, sino aun la detesta profundamente. Su naturaleza demanda el látigo, escribe la zarina rusa al zar de todas las Rusias sobre el pueblo ruso dos meses y medio antes del derrocamiento definitivo de la monarquía rusa...

Superior en carácter, la zarina no supera a su esposo intelectualmente. Al contrario, en este sentido está todavía bajo de él; aun más que él busca ella la compañía de la gente simple. La íntima y larga amistad de los esposos reales con la camarera Viriubova es el ejemplo más aplastante. Ella misma dice de sí que era una zonza, y esto no era modestia. Witte la describe como una muchacha vulgar y estúpida. En compañía de tal mujer, compañía que fué igualmente frecuentada por ancianos aristócratas, embajadores y financistas (que, al hacerlo, no olvidaron los intereses de su bolsillo), pasaron el zar y la zarina largas horas discutiendo con ella todos sus asuntos. Tenía ella más influencia que la Duma y todo el Gabinete juntos.

Sin embargo, Viriubova no era nada más que la intermediaria del "amigo", cuya palabra era superior a la autoridad del zar y de la zarina unidos... "Esta es mi opinión privada", escribe en cierta ocasión la zarina. "Trataré de oír lo que opina nuestro "amigo". La opinión del "amigo" no es privada; es decisiva...

Este "amigo", el lector ya lo habrá imaginado, es Gregory Rasputin, el Hombre, enviado por Dios mismo...

Los partes diarios de la Policía Secreta

El 1 de noviembre de 1905, es decir, en los días más críticos de la primera revolución, escribe el zar en su diario: "Hemos hecho el conocimiento de un hombre de Dios, Gregory, de la provincia de Tobolsk". Este era Rasputin, un campesino de la Siberia, a quien adornaba una terrible cicatriz en la cabeza, el resultado de los muchos golpes que había recibido por robar caballos.

Llegado en momento oportuno, el "Hombre de Dios" halló pronto entrada en los altos círculos o, más tarde, éstos lo hallaron a él, y así se formaba un nuevo círculo que conquistó pronto gran influencia sobre la zarina y, por su intermedio ,sobre el zar.

Al comienzo del invierno de 1913|14, todo el mundo en Petersburgo declaró públicamente que el círculo de Rasputin disponía de la mayor influencia en toda clase de negocios del Estado. El "Staretz" se tornó una institución del gobierno. Fué cuidadosamente vigilado, como cualquiera alta autoridad, y los ministros rivales trataron de lograr su buena voluntad para permanecer en sus cargos y librarse de sus enemigos. La policía secreta llevaba un minucioso diario sobre su actividad y no falta en él la minuciosa descripción de su visita a su pueblo natal, Pokrovskoe, donde Rasputin, borracho, tuvo en plena calle un sangriento encuentro con su padre. Sin embargo, el mismo día, 9 de septiembre de 1915, Rasputin mandó dos cordiales telegramas, uno a la zarina en Tsarskoye Selo. el otro al zar que se hallaba en el Cuartel General.

En su lenguaje "épico", la policía secreta registra las borracheras del Amigo, día por día. "Regresó a las 5 de la mañana, totalmente borracho". "La noche del 25 al 26, Rasputin pasaba en casa de la actriz V."

"Llegó al Hotel Astoria con la Princesa D.". "Regresó de Tsarskoye Selo a las 11 horas de la noche". Rasputin volvió, completamente borracho con la Princesa Sch.". En la mañana siguiente se traslada a Tsarskoye Selo. A la pregunta del policía porqué era tan pensativo, contestó "Me resulta difícil decidir si debo convocar a la Duma o no".

Día por día, informa la policía. Por lo general, se limita el parte a una de estas tres formulaciones. "Totalmente borracho, completamente borracho. Muy borracho". Y todos estos informes, del más alto valor para el país, han sido compilados, oficialmente, por el propio General de los Gendarmes, Globachev, el que, con su firma personal, confirmó, en tiempos del viejo régimen, la absoluta autenticidad de estos "Documentos de Estado".

El poder de Gregory Rasputin

Rasputin llegó a ejercer la mayor influencia en los últimos seis años antes de la caída de los Romanoff. "Su vida en Petersburgo, escribe el príncipe Yussupoff, fué transformada en un único día de fiesta, en la eterna borrachera de un vulgar criminal repentinamente "ascendido" por un increíble juego de la fortuna". Y el presidente de la Duma escribe: "Tengo a disposición una infinidad de cartas de pobres madres afligidas cuyas hijas han sido arruinadas para toda la vida por las desvergonzadas canalladas de Rasputin".

En esta época el Metropolitan de Petersburgo Pitirim y el Arzobispo Varnava entregaron sus cargos a Rasputin. Durante largo tiempo Sabler, el procurador del Santo Sinodo, mantuvo el suyo sólo por la influencia de Rasputin. Yera Rasputin, quien derrocaba al primer ministro Kokotsov porque se había negado a recibir al Staretz. Y fué Rasputin quién hizo presidente del Consejo de Ministros a Stürmer, a Protopopov ministro del Interior, a Rayev el nuevo procurador del Santo Sinodo, y otra vez Rasputin quien nombraba a muchos otros de categoría no tan elevada, Simanovitch, su agente financiero, un tipo prontuariado por la policía como estafador y usurero, logró que su "socio y amigo" Dobrovolsky fuera encargado nada menos que del Ministerio de Justicia.

"En las horas de la tarde, escribe una vez la zarina a su esposo, leo la Biblia. Cuántas veces tengo que pensar entonces en nuestro amigo. Los escribas y los fariseos persiguieron a Jesús, pretendiendo ser ellos los perfectos. Si, en verdad, el profeta no vale nada en su propio país". Y en otro párrafo de la carta mencionada: "Reprochan a Rasputin de besar a mujeres. Los que lo hacen, ¿no habrían leído jamás en la Santa Biblia que los apóstoles saludaron a todo el mundo besando aun a las mujeres?".

Estas quejas de la zarina no dejaron de ejercer su influencia sobre el zar, pero afirmaron en su odio contra Rasputin a sus enemigos. Estos no debemos buscarlos entre la clase proletaria, sino entre la misma aristocracia, que por distintos motivos se opuso al monje, sin dejar de ser por esto monárquica y más o menos adictos a Nicolás II. Atribuían sus enemigos todos los males del momento a Rasputin, no porque estaban convencidos de su culpa, sino para hallar una disculpa para su zar y para la cobardía de sus sentimientos.

La clase privilegiada seguía, entretanto, gozando de las delicias que la vida les ofreció. Ni la muerte de millares, de centenares de millares de sus "hermanos", ni la miseria cada vez más creciente de las masas hambrientas les llevaba a desistir de sus fiestas o a disminuir su lujo. Sin embargo, poco a poco la atmósfera se tornaba pesada. Parecía que en los suburbios iba a estallar de un momento a otro algo imprevisto. Y hasta el centro mismo de la capital llegó el sordo clamor que lentamente penetró, perturbándola, en la tranquilidad de sus hogares. El espectro de un trágico fin próximo se apoderó así hasta de las clases "elevadas", aislando cada vz más al grupo de Tsarskoye Selo.

Buscando la paz separada

Lo que en aquellos círculos que se consideraban "liberales" porque no estaban de acuerdo con el absolutismo integro del zar y de la zarina, dirigidos por el antiguo ladrón de caballos, lo que, decimos más intranquilizaba, era la creencia de que Rasputin buscara concertar la paz por separados con Alemania. Para confesarlo de una vez: Ninguna prueba ha sido encontrada, ni antes ni después de la revolución que, de cualquier modo, demostrara, efectivamente, tal empeño por parte de Rasputin de llegar a semejante fin. Algo distinta es, sin embargo, la situación respecto a los demás miembros del grupo de Tsarskoye Selo. El origen alemán de la zarina o de ministros como Stuermer tampoco hubiera sido jamás motivo para buscar tal solución. Un argumento más serio era el hecho de que la Alemania imperial y reaccionaria, con sus tendencias prusianas de tanto parentesco con la autocracia rusa, gozaba en aquel círculo de simpatías infinitamente mayores que, por ejemplo, la República francesa.

Esto también resulta de las memorias del general Kurlov, jefe de la policía del zar y miembro muy importante del círculo de Rasputin quien, en sus memorias, publicadas después de la guerra, niega en absoluto toda vinculación y aun toda simpatía de este grupo con Alemania, aunque reconoce que tanto Stuermer como el propio Rasputin consideraron, en cierto momento, la guerra como una verdadera desgracia para Rusia.

Por otra parte, no hay que olvidar que los llamados "liberales" querían reservar para ellos mismos el arma de una paz por separado con Alemania, cuando pensaban que de este modo podrían quizás llegar a apoderarse del gobierno.



La zarina y sus hijas no pudieron evitar el signo fatídico del zar

La supuesta traición de la zarina

Algunos opositores, quizás para hacer imposible toda tentativa por parte de la propia Corte, no vacilaron en lanzar acusaciones directas contra la zarina de haber traicionado a su país entrando en vinculaciones con Alemania, para, mediante estos servicios, lograr una paz separada que garantizara la futura existencia de los Romanoff en el trono de la Santa Rusia.

El famoso general Denikin afirmó, en cartas, que en las filas del ejército circularon versiones según las cuales la zarina había transmitido a Alemania la ruta de Kitchener y otras cosas por el estilo.

Después de la revolución, agrega el mismo Denikin, había declarado el general Alexeyev que entre los papeles de la zarina se había hallado un mapa del Estado Mayor con la descripción detallada de ciertos cuerpos del ejército que habían sufrido, en estas posiciones, precisamente, una terrible cuan imprevista e inexplicable derrota y que este descubrimiento le había hecho una "penosa impresión".

El gran duque Nicolás Nicolayevich

Tales rumores y habladurías, con o sin fundamento, daban, desde luego, plena autoridad a emprender un movimiento revolucionario, y los opositores eligieron al Gran Duque Nicolás Nicolayevich, el jefe indiscutido del partido antigermano, como Jefe lógico de esta "revolución" de camarilla. Rasputin, reconociendo, con su olfato único muy pronto esta situación, exigió y logró la destitución del Gran Duque de su cargo de Comandante Supremo, asumiendo dicho puesto el propio zar que, entonces, se dirigía al Cuartel General.

Hubo un momento en que el propio Ministerio del zar parecía dispuesto a abandonarlo. Críticas del régimen absoluto, relativamente enérgicas, fueron oídas de los labios de los propios ministros, como Sazonov, Polivanoff y Scherbatov. Es indudable que en varios períodos las conspiraciones, o por lo menos, las conversaciones al respecto tomaron un incremento muy grande, sin que, a pesar de todo, nada resultara, gracias ante todo a la eterna cobardía de los círculos privilegiados que siempre temen arriesgar algo y que, en realidad, tenían bastante motivo para temer mucho, ya que la chispa podría haberse transformado, ya entonces, en el inmenso incendio que más tarde arrasó la monarquía desde el trono hasta el último oficial y burócrata...

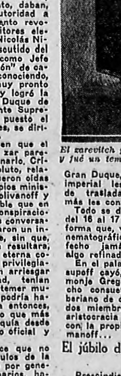
Sin embargo, se dice que no solamente ciertos círculos de la derecha, representados por generales y altos funcionarios, habrían pensado en la revolución para terminar, de una vez, con el régimen del monje Rasputin. Con iguales proyectos, afírmase aun hoy, se ocuparon algunos círculos liberales, de aquellos que, en ciertos momentos, habían ayudado, material y moralmente, a los grupos terroristas con el gran deseo y la vaga esperanza de que sus bombas podrían derribar, finalmente, al trono. Se citan los nombres de Guchkov, Tereshenko y Krimov, como los presuntos líderes del supuesto movimiento de la burguesía liberal, pero descontando las revelaciones no siempre merecedoras de confianza de Rodzianko, no han aparecido hasta ahora (y, posiblemente, no aparecerán más) pruebas de que tal movimiento haya pasado de simples conversaciones de salón. Una vez realizada la verdadera revolución por los comunistas, algunos liberales, incluso el propio Kerenski, expresaron sus vehementes lamentaciones de que la burguesía liberal no supo aprovechar el momento oportuno..

Les faltó coraje

Todos estos antecedentes demuestran claramente de que en Rusia no existía círculo alguno que no hubiera estado convencido de la extrema necesidad de terminar con el absurdo régimen reinante. Es verdad que aristócratas y aún los burgueses liberales pensaron que un simple cambio dinástico sería suficiente para subsanar los males que afligían a Rusia. Pero, aun para esta revolución muy relativa, les faltó el coraje. Y como no se animaron a proceder, a hacer lo que ellos se imaginaron, la "gran revolución" se decidieron, al fin, a realizar la "pequeña revolución". La idea que había surgido, no se perdería así del todo. No atreviéndose a eliminar el gran actor de la comedia monárquica, resolvieron eliminar al "souffleur". Eliminando a Rasputin, esperaron poder salvar a su país, salvando, al mismo tiempo, a la monarquía.

El asesinato de Gregory Rasputin

El príncipe Yussupoff, casado con una Romanoff, logró para esta labor la colaboración del Gran Duque Pavlovich y del diputado monárquico Purichkevich. Trataron de obtener también la ayuda de Maklakov, aparentemente para dar a su proyecto el carácter de un hecho "nacional". El famoso jurista negó su colaboración pero se obligó a entregar a los conspiradores el. . veneno. Los conspiradores calcularon muy bien que el auto del



El zarevitch pudo ser un lindo niño y fué un temido heredero del trono

Gran Duque, gracias a su escudo imperial les facilitaría la labor de trasladar el cadáver donde más les convendría.

Todo se desarrolló en la noche del 16 al 17 de diciembre en una forma que, vista como drama cinematográfico, no hubiera satisfecho jamás a ningún público algo refinado.

En el palacio del príncipe Yussupoff cayó, al fin, asesinado el monje Gregory Rasputin, borracho consuetudinario, ladrón siberiano de caballos, de manos de dos miembros de la más rancia aristocracia rusa, emparentada con la propia familia de los Romanoff...

El júbilo de las clases privilegiadas

Prescindiendo del círculo estrecho de Tsarkoye Selo, las clases gobernantes y pudientes vieron en la muerte de Rasputin la salvación de Rusia.

El Gran Duque, detenido en su propio Palacio, recibió las visitas de toda la aristocracia, y hasta la hermana de la propia zarina, y viuda del Gran Duque Sergio, le telegrafió que rezaba por los asesinos y bendecía su obra patriótica. Los diarios publicaron artículos entusiastas, hasta que las autoridades prohibieron referirse al hecho y mencionar el nombre de Rasputin. Hubo, en los teatros, demostraciones a favor de los asesinos. En las calles, la gente se abrazaba de alegría.

El duelo de la Familia Imperial

La muerte de su Santo Amigo, unió con más lazos a la familia del zar. El, su mujer, sus hijas y Viriubova lo enterraron. Se retiraron de todo el mundo y sólo vivían dedicados a su infinito dolor. Cuando, más tarde, el zar y la zarina estaban en Tsarskoye Selo como prisionero del Gobierno Provisional, éste mandó retirar por motivos que se ignoran, el cadáver de Rasputin. Los soldados que abrieron el ataúd, hallaron allí un icono que llevaba la inscripción: Alexandra. Olga. Tatjana. María. Anastasia. Anya.

Si los conspiradores habían pensado lograr el despertar final del zar y de la zarina, ya que el "soufleur" había muerto, tenían pronto que confesar su profunda equivocación, puesto que el zar elevó a todos los que habían pertenecido al círculo de Rasputin, aun a los de la peor reputación, persiguiendo, en cambio, con su odio a todos los enemigos del asesinado.

Las consecuencias imprevistas

Por otro lado, la muerte de Rasputin sólo formaba una parte, si bien importante, de los planes de aquéllos que habían instigado a provocarla. No llegó, como lo habían pensado los autores directos del hecho, a aliviar la crisis, sino que, por el contrario, la aceleró y la agravó. Todo el mundo habló del asesinato. Todo el mundo siguió discutiendo y las conclusiones fueron evidentes. Conclusiones a que, desde luego, ni el príncipe Yussupoff ni el gran duque Dimitri habían llegado, pero que eran lógicas, muy lógicas conclusiones para la gran masa de la nación.

Robespierre declaró en la asamblea nacional que la aristocracia, al debilitar con su acción a la monarquía, que era su sostén, llevó, sin quererlo, la burguesía a la lucha y que la consecuencia de este nuevo hecho sería la movilización de las masas.

Es una excelente virtud de la clase aristocrática de todo el mundo, no estudiar nada y no conocer la historia. Conociéndola, el gran duque Dimitri y el príncipe Yussupoff, quizás, no hubiesen empezado su obra con el asesinato de Rasputin.

La teoría de Robespierre se ha confirmado una vez más. Al débil intento de la aristocracia, siguió casi de inmediato el levantamiento de la burguesía y más rápidamente aún la clase proletaria se dió cuenta exacta de la misión que tenía que cumplir y que el momento de cumplirla había llegado.

Diez semanas sobrevivió la monarquía a la muerte de su amigo, pero no sólo ella, sino también la aristocracia y la burguesía han tenido que pagar su tributo para abrir el camino hacia la libertad al pueblo ruso, hoy dueño absoluto de su propio destino.

León Trotzky



EL nombre POUR LA NOBLESSE no fué creado hace 17 años, por casualidad.

Su Escudo es en realidad la tangible comprobación de un ideal intangible.

Cada uno de los cigarrillos que lleva esta marca debe ser y es un producto noble, de tan alta calidad que, justifique en todo momento el lema de sus fabricantes: Se elaboran para que siempre puedan decir los fumadores: no puede ser más que un

POUR LA **NOBLESSE**

ESCUDO COLORADO

NO LO QUISO TATA DIOS



LA miseria, el hambre, ese sinnúmero de causas que agrupan en las provincias argentinas, fué el impulso incontenible que hizo llegar a la pobre mestiza a la gran capital.

Viajó sola, consignada a un mozo guardatrén, como si se tratara de cualquier encomienda. Aun no había cumplido los diez años, y su escasa estatura daba pie para creerla más pequeña. Junto al atadito de su ropa, ofrecía un cuadro que inspiraba lástima.

La pobre provincianita sólo atinaba a mirar con ojos azorados cuanto su vista veía, contribuyendo a aumentar su desconcierto ese murmullo incensante de la ciudad, al que nosotros estamos habituados, pero que es para el que lo oye por vez primera un concierto de ruidos insoportable.

Ya instalada en la casa, a la que vino a servir, el transcurso de los días supo hacerle comprender su obligación. La patrona, que en su delirio creía ver en la raquítica muchachita todo un enorme plantel de criados, creyó compensar el mal trato que le daba enseñándole los primeros pasos de la religión cristiana.

Todo aceptaba la sirvienta. Campo virgen, no hubo nunca un solo gesto de rebelión. Lo que sucedía y estaba por suceder era invariable que ya tenía que acontecer así.

La práctica de su labor, le hizo ganarse unos minutos de descanso, que con ansiedad los destinaba al portal de la casa. Poco a poco también tomó confianza a la ciudad y cierto día aventuró un paseo hasta las calesitas del barrio, distantes dos cuadras de la casa. Prendida al alambrado que la separaba de la calle, la sirvientita miraba con ojos absortos el continuo girar de la enorme rueda, y mientras no alcanzaba a comprender cómo había sido posible introducir el caballo ciego dentro del mecanismo llegaron a sus oídos las frases con que una señora trataba de convencer a su hijito para que subiera.

—Vas a ver qué lindo. Andá. Subí. No seás tontito...

El pequeño, primero optó por resistirse, prendido a la pollera de la madre, pero como esta última insistiera, empujándolo suavemente, también aumentó su resistencia y hasta empezó a modular un lloriqueo Aun trató la señora de dar ánimos al chiquilín diciéndole que la mucamita que estaba a su lado lo acompañaría.

La sirvientita clavó sus ojos con ansiedad en el muñequito de carne.

Con toda su alma deseó que cambiara su negativa y permitiera que ella lo acompañara, pero no ocurrió así.

Ya cansada, la señora volvió espaldas a la calesita y con su hijito de la mano se retiró del recreo.

Pasó el tiempo y la sirvientita volvió a la casa, grabada en el alma una tragedia. En su "yo" inmaculado había hecho presa una desilusión de la vida.

Toda esa amargura del destino se condensó en una sola frase, que dijo a la niña de la casa, después de relatarle en su media lengua quichua el incidente:

—Viera niña —, la mamá quería que'l angelito subiera, pero Tata Dios no lo quiso...

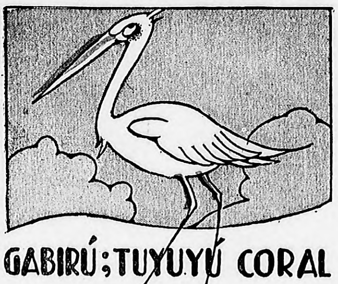
GERARDO MENDIZABAL

BESTIARIO

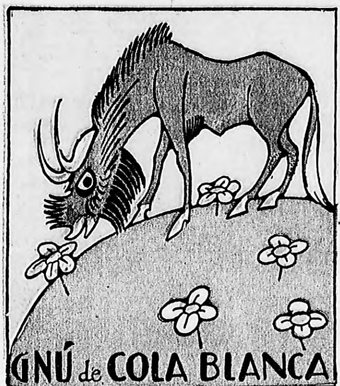
(SUGESTIONES DEL ZOOLOGICO)



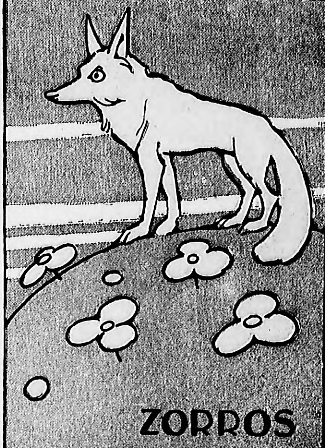
LA paloma es
ave del Señor.
Espíritu Santo.
Síntesis de Dios.
Pero ésta parece
—lectores, perdón—
una bailarina
que en el music-hall
respinga las sayas
y enseña el calzón...



ESTE calvo filósofo del yaqué gris y sucio
es un lector ferviente de Confucio.
De sangre de animal tiene el cuello manchado.
Y el pico y la cabeza le han untado
con un negro de brea o de cloaca
Y si lo irritan, si se ve enojado,
suena su enorme pico igual que una matraca.



UNAS barbas cerdosas. Un entrecejo rudo.
Toda cuerno la frente.
Tu eres, oh, animal africano y ceñudo,
un fiero clerical intransigente.

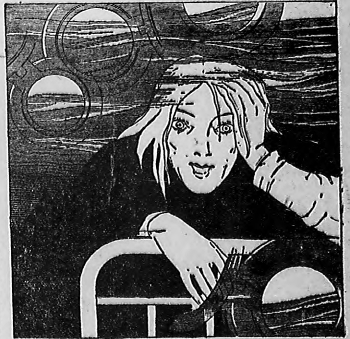


DESDE el Zorro de Monte a Romanones
es infinita y varia la casta de los zorros.
Unos roban y esquilman sus naciones.
Y los otros nos roban los capones
pero al final nos sirven para forros.

Versos de Pedro Herreros ★★★★★★★ Ilustración de Linage

la locura de margarita argenson

por Manuel Aznar



LA casualidad me llevó aquella noche al sanatorio La Tour y fué allí donde me contaron la tragedia de Margarita Argenson, que acababa de morir, tras varios años de obscuridad y de encierro, en el pabelloncito que llamaban de "la palmera". La espantosa tragedia fué recordada, en rueda de médicos, por un señor amigo o pariente de la infeliz recluída y juro que aquel relato me impresionó como el esquema de una novela fantástica. Recuerdo las palabras de aquel buen señor como se recuerda la impresión de una quemadura y juro que fué entonces cuando comprendí el verdadero sentido de la tragedia. En lo mejor de un viaje de Nueva York a Lisboa el desconcertante aletazo de la fatalidad y, tras esas horas de espanto, la certidumbre de que no son las heridas lo que desconcierta a los hombres, sino la inútil seguridad de que las flechas que los han herido han sido disparadas desde un hondo espacio de sombras. Nuestro dolor se atenúa cuando sabemos quien nos hiere y por qué se nos hiere...

—"Aquella noche — dijo aquel amigo fiel de Margarita Argenson — la feliz viajera se mostró más encantadora que nunca y fué, tras un comentario hecho alrededor de una música escuchada por ella bajo el cielo de Nápoles, que la invité a dar un paseo por el puente superior de la nave. Allí, en aquella soledad, podría cantar "sotto voce" la amorosa canción que la había emocionado bajo el cielo del golfo. Estaríamos bajo el encanto brujo de las estrellas... Y, Margarita accedió diciéndome que antes bajaría a su camarote para tomar un chal y apagar la luz con que se había dormido el pequeño Jacinto. "Si usted me acompaña..." Y yo le di el brazo para descender por una ancha escalera de roble, caminar unos cuantos pasos y dejarla, al fin, ante el blanco rectángulo de una puerta cerrada. Recuerdo que yo aspiraba con delectación el suave perfume que exhalaba su traje y que, luego, me detuve a la puerta del camarote donde ululó la tragedia".

"Margarita entró de puntillas, se detuvo como espantada, miró a todos los lados y hubiera caído si yo no la hubiera sostenido en mis brazos. En aquella escena ejercía su espantable fascinación la obscuridad de un "ojo de buey" abierto a la inmensidad de la noche y yo tuve la segura impresión de que la mano de la casualidad acababa de tronchar la idealidad de una vida. El niño no estaba en el camarote que ella había cerrado después de haber visto su hijo completamente dormido y esa certidumbre había sido como un puñal para el corazón de la madre. En la mesa que se veía bajo la redonda ventana, había sido volcado un vaso lleno de violetas artificiales que habían ido a caer sobre una silla aproximada por alguien. La camita conservaba la huella de un cuerpo ausente... Y el "ojo de buey" abierto por la mano del niño o por la de la fatalidad, parecía decir que por allí había entrado el espíritu de la desgracia para pisotear el corazón de una mujer seductora".

"El pasaje del "Mont Vernon" — ese era el barco en que salimos de Nueva York — se estremeció de emoción cuando se supo lo que acababa de suceder y no hay que decir que las fiestas se "aguaron" en la amargura de una lluvia de lágrimas. Los cuatro días que tardamos en llegar a Lisboa fueron de silencio, de compasión, de piedad... Todo el mundo se compadeció de la madre y no faltó quien hablara de la posibilidad de un secuestro, con lo que se le vino a dar un interés policial a una desgracia en que no había ningún misterio que esclarecer. La ociosidad es la madre del cuento y, de seguro, que muchos se sintieron tentados a matar el tiempo borroneando unas blancas cuartillas que no llegarían a constituir una obra de arte. La tragedia de Margarita Argenson imantaba las inteligencias y los corazones, lo que no fué parte a impedir que, al quinto día, todos se olvidaran del caso. El corazón de la humanidad es así... Hasta que el buque ancló en la desembocadura del Tajo y pudo verse la silenciosa, la trágica, la dilacerante partida de una dama enlutada que bajó lentamente la escala del brazo que le ofreció el capitán".

"He dicho que fué en Lisboa donde descendió Margarita y ahora voy a decir que su espíritu navegó con nosotros. Como encariñada con la idea del secuestro, la pobre madre soñó noche y día con el Mont Vernon y he aquí lo que vi al descender para dar un paseo en el puerto de Boulogne sur Mer: Margarita Argenson, como alma escapada de una tragedia antigua, vigilaba con el rostro cubierto por un denso tul y así estuvo, frente a la nave, hasta que salimos para Amsterdam. La pobre mujer se aferraba a la idea de encontrar a su hijo y fué en Amsterdam donde volvimos a verla pálida, vigilante, siniestra o como herida por las garras de la locura que hubo de convertirla en un espectro desconcertante. Margarita no se resignaría más con la realidad de las cosas y quién sabe si fué en el obscurecimiento de la locura en lo que encontró las fuerzas que la han podido sustentar hasta ayer. Dicen que los locos viven muchísimo... Su locura fué una locura mansa, callada, auscultante y ansiosa de unas certidumbres que no podría hallar. Luchó como si su inteligencia se hubiera agudizado en la crueldad del dolor y hay veces que pienso que no fué loca hasta que la encerraron por loca: Todos ustedes recordarán las interesantísimas incidencias de aquel gran "affaire"...

El hombre que nos distraía con el novelesco relato de lo que pudo padecer el corazón de Margarita Argenson, se levantó de su asiento, miró el largo pasillo por donde habían sacado el cuerpo de la infeliz recluída y volvió a sentarse para sacar poco a poco, del trasmundo de sus recuerdos la barbaridad que hubieron de hacer para despojarla de su fortuna. Un asunto que apasionó a mucha gente...

—"Es posible que alguno de ustedes recuerde el "affaire del desheredado" y las cosas que se dijeron en la representación de esa horrible comedia. En aquellos días se tejieron los disparates más admirables y fué en la defensa de sus derechos eventuales que los parientes de Margarita Argenson, lucharon por desenmascarar a un aventurero pluscuamperfectamente ingenioso. Cuando nadie esperaba la posibilidad de una sorpresa, fué que apareció en el Palacio de Tribunales un viejo melenudo y alcoholizado, que iba a pedir que lo castigaran antes de irse a los profundos infiernos. El remordimiento — por lo que él decía — había hecho presa en su corazón y era así como se presentaba para devolver al niñito que hubo de secuestrar una noche en el trasatlántico Mont Vernon. Su nombre era el de un fogonero que prestó servicio en el viaje de Nueva York a Amsterdam y que luego vivió, como podrían testificarlo tales y tales vecinos, en una aldea perdida en la anfractuosidad de los Vosgos. "Aquí, señor juez — vociferaba el borracho — traigo los papeles que restablecerán la verdad, y que me maten si la justicia lo necesita". Aquella novedad resonó como un cañonazo... Y fué por lo que la madre se empeñó en abrir los brazos a la ilusión que reaparecía ante sus ojos, que los parientes de la Argenson reaccionaron como perros rabiosos. Con el dinero no se juega ni aun para consolar a una madre..."

"Después vino la oportunidad de oír al mocito y juro que había que oirle recordando la realidad del pasado. El joven que pretendía que lo dejaran volver a los brazos de "su madre del alma", refirió lo que había acontecido en el camarote y lo que hubo de padecer hasta el día en que le hablaron de su condición, de su patria y de la bella señora que vivía suspirando por él. Una habilidad que dejaba tamañita a la de la desconcertante muchacha que se llama la princesa Tatiana, y que estuvo a punto de triunfar en toda la línea. El mozo se parecía notablemente a Margarita Argenson, en el índice de la mano izquierda tenía una cicatriz transversal y en el rostro se le veía un lunarcito idéntico al que agraciaba la carita del pequeño Jacinto. Nunca, jamás incurrió en una contradicción el "pobre hijo", a quien querían desheredar unos descorazonados parientes y, si no triunfó de los obstáculos que le presentaban, fué porque el fogonero enloqueció de verdad y se puso a rectificar con el mayor desparpajo ante el juez y ante todos los que tuvieron que oir. Una comedia magníficamente representada y una comedia que hubiera continuado sino se hubiera llegado a la crueldad de probar la insania de la infeliz Margarita.

"No hay infamia que no pueda hacerse conforme a Derecho y no hay para qué extrañarse de lo que vinieron a hacer con la pobre madre entre unos y otros. A Margarita la hubieron de declarar incapaz y, por último, la encerraron en el pabelloncito de la palmera, donde ha podido vivir como el Segismundo de Calderón. Diez años ha podido descansar en la paz de ese encierro y su vida acaso haya ganado evadiéndose por los ventanales de la locura. Si puede haber ilusiones en el oscurecimiento de la razón, puede decirse que su vida se apagó en la ilusión de no haber perdido su dicha. Porque un sabio que sabe poner su magnífico corazón en la ciencia de curar las enfermedades mentales, hubo de hacer maravillas de habilidad para conseguir que el "hijo reaparecido" pudiera entrar al servicio de Margarita Argenson. La presencia del mozo era un bálsamo para su vida envenenada por la adversidad y, por cierto, que se hicieron notables la bondad, el cariño, la discreción que ponía el enfermero en la asistencia de la pobre alienada. Con claras y sencillas palabras el mozo dirigía la vida de la pobre señora, y en verdad que nadie pudo decir que le guiara un bajo interés. Diríase que la vida misteriosa del aventurero se había purificado al lado de quien un día pudo entrar en el círculo de sus sueños. Su amor, como la mayoría de los amores, empezó siendo un cálculo y acabó siendo una verdad animada por un soplo de vida. Mas, ¿qué podría decir de la enferma y del enfermero que no conozcan ustedes?..."

Era Jacinto el que había entrado a despedirse de los Dres., y todos se pusieron de pie para darle un adiós cordial. El mozo, después de haber querido representar una farsa, sintió o sentiría que hay ficciones que calientan el alma como la realidad misma y que bien podía pagar con una ilimitada piedad el amor que sintió por él el corazón de una loca. Y fué, después que aquel hombre hubo desaparecido, que todos sentimos la certidumbre de que no es precisamente la fuerza de la verdad lo que mueve a la mayoría de los seres. Amamos nuestros sueños porque están hechos con la sangre de nuestros grandes deseos y quien sabe si el pobre Jacinto amó en Margarita la ilusión de la madre. El mundo está lleno de orfandades y de misterios...

Ilustró PREMIANI

Hijo 'e perra

por Cleofé Pereyra de Goicoa

CARMELO era hijo único del viejo Núñez, criollo estanciero, bueno, servicial, y muy respetado en el pago por ser hombre de una sola pieza, no así su hijo, mozo haragán, compadrón, mujeriego, y hasta se decía por ahí, que tenía malas mañas, quedándose con lo ajeno y ser tramposo en los juegos de azar, sin necesidad, de puro vicio no más. Su padre jamás supo mezquinarle nada para que él pudiera divertirse honradamente. La madre de Carmelo había fallecido cuando éste tenía apenas un año, de manera que no la recordaba, había oído decir que ella era una mujer muy hermosa y demasiado joven para su padre, habiendo muerto repentinamente, de un mal desconocido; esto era lo único que el mozo sabía; al inquirir más datos a su anciano padre, fastidiado, solía responderle:

—No me hablés de pasaos tristes muchacho, andá divertite y no pensés más en eso; el hijo respetaba aquel dolor sin tratar de ahondar los sentimientos del anciano, porque, ¡eso sí!, Carmelo era muy respetuoso, sentía por su padre un gran cariño, mezcla de ternura y compasión.

El joven tenía costumbre de ausentarse de su hogar por varios días, pero de regreso a la estancia, nunca fué hacia su tatita, como él cariñosamente le llamaba, sin obsequiarlo con algo, ya fuera un paquete de tabaco fuerte, pañuelos de seda para el cuello con su monograma bordado por alguna chinita de su amistad, guindado del mejor o alguna otra golosina. Estas atenciones eran para Núñez una demostración de amor filial que no podía echar en olvido, retribuyéndolas con creces, extrañándole sobre manera que siendo Carmelo un mozo tan calavera lo tuviera siempre presente.

Cierta tarde de primavera en que llovía a cántaros, entró el criollo a una pulpería repleta hasta el tope de gente desocupada a causa del aguacero que no les permitía efectuar trabajos a la intemperie; allí halló Carmelo algunos conocidos suyos reunidos a una mesa, quienes jugaban al truco, no escaseando las bebidas fuertes, ni el tabaco marcador; inmediatamente él también trató de ser de la partida.

Entre los jugadores hallábase el tape Isolino, viejo peón de la estancia de Núñez, hombre formal, honrado y de pocas palabras, mientras no le quemara el alcohol sus entrañas, entonces cambiaba por completo, tornándose parlanchín, ocurrente y camorrero. Al ver que su patroncito formaba rueda a su mesa, advirtióle:

—Jugamos en serio, don Carmelo, y a no hacer trampa...

—¿A qué viene esa advertencia?, interrogó el joven.

—Es un decir sin importancia no más, pero que es güeno tener en cuenta.

—Fijate en lo que decís, ¡bagual!

—No quise ofender, don, de no precaver...

—¡Basta! ¿Te crees que todavía soy un chiquilín para hacer caso a tus consejos?

Comenzaron. A Isolino le correspondió ser contrario del patrón en el juego.

Carmelo iba ganando, y el tape perdía, en cuanto éste pudo dejar su puesto a otro, se retiró de la mesa colocándose detrás del banco ocupado por el mozo, para observar su juego; en aquel momento Carmelo repartía los naipes e Isolino vió que se servía cuatro cartas, formando un embido de treinta y tres, arrojando la sobrante dentro de su manga; ahí no más se le fué encima y tomando al joven de un brazo, retiró del interior del puño la carta robada, y arrojándosela al rostro, gritó:

—¡Ladrón!, ya me lo habían contao, pero no quería creer. ¡Nos ha estao estafando patrón!

—Fué en chanza, no se alarmen compañeros, que yo les devolveré el dinero perdido, repuso Carmelo con flema, pero el tape indignado, ciego y cuajado de ira, dijo:

—¡No mienta!, si ese es su vicio, ¡hijo'e perra pa no ser falso, caray!

—¿Qué?, ¿qué has dicho?, ¡desgraciado!, exclámó el agraviado tomando al paisano de los hombres y zamarreándolo, ordenó:

—Repetí, repetí, repetí te digo! — pero al ver que Isolino no contesta, siguió recriminando — ¡Cobarde!, has insultado a mi madre, y me las vas a pagar bien caro, yo seré todo lo malo que tu quieras, pero, cuidadito con recordar a mi vieja, como no sea para alabarla, ¿entiendes?

—Yo no la he insultado patroncito, deno que es la verdá, no hay quien no lo sepa en el pueblo, menos usté, y ya que se me escapó, yo no me achico.

—Pero, ¿qué quieres decir con eso?, ¡qué!, acaso ella...

—Venga, salga ajuera y hablemos hombre a hombre, ya es hora de que usté no ignore toda la verdá y viva engañao como hasta agora, algún día había e'ser.

Antes de salir Isolino dióse vuelta, y dirigiéndose al paisanaje que observaban, mudos de asombro, habló:

—¡Cuidao con que alguien nos siga!, que pa lo que tengo e'ventilar con don Carmelo, me basto y sobro.

Salieron los dos hombres de la pulpería, la lluvia había cesado de caer, y por entre los negros nubarrones asomaba la plateada luna haciendo resaltar con su brillo, el marco de azabache en que parecía estar engarzado al cielo.

Leal, un magnífico perro de aguas, compañero inseparable de Carmelo, los seguía a corta distancia.

Acercáronse hasta el palenque, el joven fué hasta donde estaba su caballo, y apoyando sus brazos sobre el recao, miró fijamente al tape, diciendo:

—Habla, aquí no más, y decí todo lo que sabes de mi madre, pero ¡cuidado con mentir!, porque entonces... ¡entonces ensucio el fierro de mi daga en tus achuras!, ¿has comprendido?

—Cálmese, y escuche; ¿sabe?, su padre... este... su padre no e'Núñez, deno otro.

—¿Quién?

—Salustiano, el puntano, ¿recuerda aquél que murió hace ya algún tiempo en la ciudá, ande lo yevaron po que sus tripas precisaban rimiendos?, él no era un mal hombre ¿no?, pero le gustaba el nido ajeno, y también se decía por ai que era sucio en el juego, pero yo nunca tuve ocasión de comprobarlo, ¡pobre finao!, conmigo era muy güeno.

—¡Seguí! y dejate de lástimas, ¿quién fué mi madre?

—¡La esposa e'Núñez, pué! ¿acaso le digo que e'usto guacho?

—Seguí contando te digo, ¡seguí!... pero si me mientes, entonces aprontate a morir.

Era tal la nerviosidad de Carmelo, que Leal alarmado comenzó a gruñir mostrando al tape sus filosos dientes, creyendo que éste pretendía hacer daño a su amo.

—Yo no miento, ¡por esta cruz!

—¿Cómo murió mi madre?

—Núñez la mató porque le era infiel con el puntano, que en aquel entonces era tan bizarro como usté, ¡la mesma pinta!

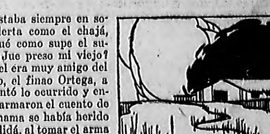
—¿Dónde mató el viejo a mi madre?

—En su aposento, lo recuerdo patente, como si juera hoy... una noche que Núñez golvió tarde del pueblo, y eya creiba que se quedaría a dormir allá, porque no había lunao el cielo entoavía, y toito estaba más escuro que conciencia negra a causa e' la cerrasón, ella lo hizo dentrar a Salustiano a su pieza sin cuidar de cerrar los pestillos e' la venna, y su marido, que vido luz, bichó toita su deshonra, y dentrando la mató ai mesmito.

—¿Y el puntano?

—Se quedó parao sin juyir, porque era muy hombre, y comprendiendo que había disgraciado a un anciano, se dejó coser a talerazos por él sin atropellar, mientras enjurecido el viejo le decía:

"Andáte que vos no tenis la culpa, que mujer que afloja la rienda e' porque quiere galopear, pero no te güelva a encontrar nunca en mi camino; te perdono la vida pa que sufras y yores la ausencia e' tu hembra, sabiendo que por tu audacia eya murió; con que ya sabis que debés una muerte a una mujer, ahora andate y que su alma no te deje sosiego". Salustiano salió, y yo dentré al aposento, nos topamos en la puerta. Había que socorrer al patrón que estaba asonsao, ¡daba lástima el verlo!, parecía falto; yo no ignoraba nada, y siempre recelaba un mal encuentro, por esto, mientras todos dormían en la estancia, yo bichaba, estaba siempre en sosobra, alerta como el chajá, ansina jué como supe el sucedido. ¿Jue preso mi viejo?





—No, el era muy amigo del comisario, el finao Ortega, a quien contó lo ocurrido y entre eyos armaron el cuento de que su mama se había herido de casualidá, al tomar el arma pa asustar a algún ratero que andaba rondando la huerta de melones, sabiendo que su marido estaba ausente. Nunca he mentao este asunto con naide hasta hoy, y es güeno que no lo agarren desprevenido las púas de aqueyos que se llaman hermanos, cuando quieren cosiar como las mulas.

—¿De manera que todos los del pago saben esta historia?

—Algo comentaron los melicos que ayudaron a encajonar el cuerpo e' la finada y también Salustiano a sus amigos pa soliviar sus penas, y de ai se desparramó el chisme. ¡Chá!, daba lástima aquel hombre como yoraba por eya; en ocasiones solía agarrarme a mi de maleta pa vaciar su desdicha encima porque, ha de saber, patroncito, que su mama se casó con Núñez por avaricia, dispué de darle palabra formal de casamiento a Salustiano, a quien le jugó sucio, casándose con el anciano a quien tampoco supo respetarle las canas; ansina murió ella, como un perro, — jué justicia del cielo.

—¡Pobre viejo!, que bueno ha sido conmigo al criarme como hijo suyo, y yo tan mal que pago su anhelo de hacerme hombre de bien, pero, te prometo Isolino que seré digno de su cariño, ya lo verás.

—¿Quién sabe, ella jué muy desagradecida, esa mujer era una desalmada, y es al ñudo, usté ha mamao su sangre, ¡pobre hijo e' perra!

—¡Calláte, calláte, canejo!... Carmelo intentó castigar al tape por su insolencia, esgrimiendo su talero, pero en aquel momento el perro abalanzándose sobre el paisano, lo derribó al suelo, creyendo que éste volvía a amenazar a su amo.

—¡Leal! ¡Leal!, ¡fuera, quieto! gritó el mozo ayudando a Isolino a levantarse de entre el barro.

El animal se paró sobre sus patas traseras, y colocando las delanteras en el pecho de Carmelo, trató de lamerle el rostro, meneando su cola, como si con esto implorara perdón. El amo acarició al perro, y retirándolo de encima fué hasta donde estaba Isolino, avergonzado y sumiso.

—Disculpame viejo, no sabía lo que hacía al enojarme con vos, que al fin no me has dicho más que una triste verdad. Leal volvió a pararse en dos patas, logrando esta vez alcanzar a lamer la nuca y oreja al mozo.

—¡Fuera, Leal! ¡Caramba que estás cargoso hoy!, y golpeándole el lomo con suavidad lo retiró de su lado, pero el animal porfiado, insistió en ponerse al alcance de Carmelo para custodiarlo, mientras intranquilo movía su cola golpeando las botas del joven, éste observó en silencio la actitud del animal, y agachándose abrazó a la bestia, y con voz apagada, quebrantada por el dolor, dijo:

—Mirá Isolino, este animal me va a enseñar a ser bueno con tatita.

—Tal vez se requiebre patrón, pero...

—¿Dudás?

—Qué quiere, usté ha dentrao a la vida trampeando la güena fe al hombre honrao, y...

—Recuerda viejo, que Leal también es hijo de perra y es noble, bueno, y agradecido.

—¡Tiene razón, caray!, ¿quiere creer patroncito que enjamás había cavilao sobre esto de que los perros fuesen hijos e' perras?; ¡tiene razón!, la casta e' lo de menos, me doy por vencido. Ya veo que las perras también echan al mundo hijos güenos... ¡Tiene razón, tiene!...

Ilustró GUIDA